

un papel moneda, la absorción de las industrias por el Estado, convertido en supremo regulador de la producción y del mercado, y, por último, un sistema de educación que, haciendo pasar á todos los ciudadanos por las mismas escuelas y por los mismos cuerpos de guardia, hiciese posibles la igualdad de los salarios y la comunidad de bienes, última palabra de la doctrina, (1).

M. de Carné confiesa, sin embargo, que ni Robespierre, ni Saint-Just, ni el mismo Graco Babeuf vislumbraron distintamente el alcance completo de sus ideas. ¿No es eso confesar que los jacobinos no son los únicos culpables? Ya hemos oído á los montañeses protestar vivamente contra la doctrina que coloca el poder en el lugar de la libertad, y hemos visto que si organizaron un gobierno que absorbía todas las fuerzas individuales, no fué más que como medida de guerra contra la Europa coligada y contra las facciones del interior; aplazaban el reinado de la libertad para cuando afianzasen la paz; y si es cierto que su ideal era la igualdad, no la concebían como los socialistas, sino á la manera de los antiguos Germanos, cada uno de los cuales poseía un pequeño campo y una pequeña choza en medio de que la tribu poseía las tierras en común. Aquel ideal de que todo hombre sea propietario difiere por completo de ese otro en que se quiere que nadie lo sea. Hay algo de verdad en los ensueños de Saint-Just, y es la convicción instintiva de que la propiedad es una condición de la libertad. Es seguro que un país en que todo hombre fuese propietario sería también el país más ilustrado, más dichoso y mejor organizado para ser libre. Pero los montañeses se han engañado al confundir la libertad con la república; de ahí resultó que sacrificaron los derechos del hombre á una forma; y habiendo desaparecido esa forma, no quedó á la Francia más libertad que el sufragio universal, esa añagaza que no ha servido hasta aquí más que para autorizar el despotismo. Todavía hay otra ilusión de parte de los montañeses, los cuales tenían tan gran pasión por la igualdad democrática, que la querían realizar, no solamente en derecho, sino también de hecho. De ahí su odio á los ricos y sus esfuerzos para igualar las fortunas. Ese error es tan funesto como el primero, y los dos se

(1) M. DE CARNÉ, *El partido jacobino, sus doctrinas y su política* (Revista de ambos Mundos, 1850, t. IV, p. 602, 605).

enlazan. Si el sufragio universal es tan precioso para los Franceses, es porque ven en él la práctica de la igualdad republicana; y si todos los ciudadanos son igualmente soberanos en las asambleas electorales, ¿por qué no había de ser mantenida esa igualdad en la vida civil?

Tal era el verdadero vicio del jacobinismo; pero de ello no eran exclusivamente responsables los jacobinos. ¿Quién no sabe que Robespierre era discípulo de Rousseau, y más que discípulo sectario? Las locuras de Babeuf procedían del uno y del otro. Buonarrotti, el apologista de los *igualitarios*, nos dará á conocer la filiación del comunismo; no la hay más respetable: "Rousseau proclamó los derechos inseparables de la naturaleza humana, y abogó por todos los hombres sin distinción: colocó la prosperidad de la sociedad en la dicha y prosperidad de cada uno de sus miembros y su fuerza en la sujeción de todos á las leyes. Para él, la riqueza pública está en el trabajo y en la templanza de todos los ciudadanos, y la libertad reside en el poder del soberano, que es el pueblo entero. Ese orden social, que somete á la voluntad del pueblo las acciones y las propiedades particulares, alienta á las artes útiles y buenas, ahuyenta á los que no lisonjean más que el pequeño número, sujeta cada uno á la voluntad de todos, pero á nadie á la voluntad de otro, ese orden fué en todos tiempos el objeto de las secretas aspiraciones de los verdaderos sabios, y tuvo en todos tiempos ilustres defensores: lo fueron en la antigüedad Minos, Platón, Licurgo y el legislador de los cristianos, y en los tiempos modernos lo han sido Tomas Morus, Montesquieu, Rousseau y Mably, (1).

Los comunistas pueden reclamar todavía como uno de sus precursores al más grande de los revolucionarios. ¿Cuál era el punto de partida de los *igualitarios*, discípulos de Babeuf? La definición que dan de su propiedad es idéntica á la de Mirabeau: "La propiedad individual, dicen, lejos de emanar de la ley natural, es una invención de la ley civil." Por eso el *tribuno del pueblo* concluía diciendo que aquella podía ser modificada ó abolida por la ley (2). Esto prueba cuán arraigada está en el genio francés la idea de la igualdad de hecho,

(1) BUONAROTTI, *Conspiración en favor de la igualdad*, conocida con el nombre de *Babeuf*, t. I, p. 8 y 9.

(2) BUONAROTTI, *Conspiración en favor de la igualdad*, conocida con el nombre de *Babeuf*, t. I, p. 207.

Mirabeau no era seguramente un comunista, pero sentó la base del comunismo. Después de él, esas mismas aspiraciones se encuentran en otros escritores que no son más socialistas que el célebre tribuno, y que, sin embargo de rechazar el comunismo, consideran la igualdad de hecho como un ideal. Oigamos á M. Michelet, el historiador de la Revolución francesa: "*La igualdad absoluta es la aspiración eterna de la humanidad; la comunidad fraternal, la unión de los corazones y de los bienes, será siempre su más dulce y su más impotente aspiración.*" Michelet declara que la *comunidad voluntaria*, aun cuando *apetecible*, es *infinitamente difícil*. El cristianismo fracasó en ello. En cuanto á la comunidad forzosa, sería de todo punto impracticable, añade el escritor francés (1).

Pero ¿es verdad que la *igualdad absoluta* sea un ideal, pero ideal irrealizable? Si la igualdad de hecho fuese un ideal, en vano sería declararle impracticable; habría siempre espíritus lógicos que dirían: "El ideal es la verdad; de consiguiente, la *comunidad de afectos y de bienes* es la expresión de la verdad eterna. ¿Sería posible que Dios hubiese enseñado la verdad al hombre como una añagaza, colocándole en la imposibilidad de realizarla? ¡Sacrilégio! ¡El imperio del mundo pertenece á la verdad y no al error! Si la comunidad es un ideal, la propiedad individual es la violación de una ley divina, y, por consiguiente, es un crimen. El crimen debe desaparecer, en caso necesario hasta por la fuerza, porque el empleo de ésta es legítimo cuando se trata de reivindicar el derecho contra la usurpación. Guerra, pues, á la propiedad." Hé aquí las culpables esperanzas y las criminales empresas que se alientan cuando se dice que la comunidad es un ideal. Por el contrario, hay que rechazar, hay que combatir ese pretendido ideal y probar que es falso; que, aun cuando fuese realizable, se debería huir de aplicarlo, porque, llevado á sus últimas consecuencias, aniquilaría la individualidad humana, y, por consecuencia, la libertad, al mismo tiempo que la fuerza de la sociedad. En efecto, ¿qué sería esa abstracción que se llama sociedad ó Estado si los individuos pereciesen por falta del aire vivificante de la libertad?

Hay una grave enseñanza en las palabras de

(1) MICHELET, *Historia de la Revolución francesa*, t. II, página 381 (ed. francesa).

Michelet cuando se las compara con las de Buonarrotti que más arriba hemos copiado; esas palabras demuestran que si la Revolución francesa ha fracasado, que si unas veces ha conducido al despotismo militar y otras á los escollos del socialismo, no hay que atribuírselo á los jacobinos. No son unos cuantos hombres á los que la mayoría de la nación considera criminales; no son Robespierre ni Saint-Just los culpables, como no lo son Rousseau ni Mably; la Francia es cómplice, y, por mejor decir, los escritores y los hombres políticos no hacen más que expresar las aspiraciones y los deseos de la nación que los aplaude. Si se han perpetuado los errores del 93, á pesar del sambenito que se ha echado sobre el régimen del Terror, si esos errores se han aumentado, si han tomado proporciones monstruosas hasta el punto de dar una apariencia de legitimidad al despotismo que ha detenido el contagio, la razón de todo ello hay que buscarla en las profundidades del genio nacional.

§ II.—La Francia y la igualdad.

I

Al decir que la Francia es culpable de que la Revolución del 89 la llevase al despotismo y de que alguna vez amenaza llevarla al socialismo, no pretendemos unir nuestra voz á la de los abogados del poder absoluto, á los que hemos oído y todavía oímos proclamar que los Franceses son incapaces de ser libres, y que ni siquiera desean la libertad, creyendo de esta manera legitimar el reinado de la fuerza. No queremos de modo alguno ser solidarios de esos desgraciados que adulan el cesarismo para hacer la corte al César, hombres nacidos para la servidumbre y que quisieran hacer á la naturaleza y á Dios mismo cómplices de su servilismo. Al escucharlos se creería que la tradición y el genio de la nación francesa la apartan de la libertad, puesto que aseguran que en todas las épocas de su historia, la Francia ha mostrado una decidida inclinación á la igualdad y en favor de la autoridad de un jefe ante quien se humillen todos los privilegiados: "La mayor medida de igualdad posible bajo la salvaguardia de la mayor suma de autoridad imaginable: hé ahí el gobierno ideal de la Francia; ahí es donde la clase media y los reyes han tendi-

do de concierto á través de nuestras largas agitaciones. Suprimir las categorías superiores que dominaban á la clase media, al mismo tiempo que las autoridades intermediarias que cohibían á la monarquía, y llegar por ese camino á una igualdad completa y á un poder ilimitado: tal era la tendencia final y providencial de la raza francesa. Un jefe, pero no superiores; súbditos iguales y no ciudadanos; nada de privilegios, pero nada de derechos: tal es el único régimen que conviene á la Francia.,

Preguntadles á los defensores del poder fuerte las razones por las cuales declaran á los Franceses incapaces de ser libres, y os responderán: cuestión de raza y de genio nacional. Un escritor que se ha impuesto el trabajo de rectificar las ideas que sus compatriotas se forman de la libertad se burla de esos zurdos imitadores de Montesquieu, que aplican la paradoja del clima á la sangre y pronuncian gravemente que la libertad no conviene más que á las naciones protestantes y germánicas: "Dan permiso de ser libres y de gobernarse á sí mismos á los Ingleses, á los Americanos, á los Holandeses, á los Suizos, á los Suecos, á los Noruegos, y quizá á los Belgas que hablan flamenco, y aseguran que nada es más fatal que eso á las razas latinas y católicas, que la libertad es un veneno para los Franceses, los Italianos y los Españoles. Para ellos es necesaria la unidad, y su libertad consiste en obedecer á un jefe enérgico y absoluto que, por medio de la centralización, reuna en sus manos todas las fuerzas de la nación., (1).

El hecho histórico sobre el que se apoya aquella apología del despotismo es exacto, y nosotros mismos vamos á determinarle; pero de él sacaremos una consecuencia bien diferente, y es la de que todos los pueblos son aptos para la libertad. Si la historia fuese una lección de servidumbre, el escritor que se respete debería romper su pluma antes que escribirla. Pero, al contrario, nuestra firme convicción es la de que la historia, seriamente estudiada, enseña á las naciones como á los individuos que los seres inteligentes son los operarios de sus propios destinos. La historia es una lección de libertad, lección que debe aprovechar más que ninguna otra doctrina, porque enseña á los hombres que sufren las consecuencias de sus propios erro-

(1) LABOULAYE, *El partido liberal, su programa y su porvenir*, página 139 (ed. francesa).

res y que toda falta va seguida de una inevitable expiación: es la libertad probada por la responsabilidad. Esa enseñanza acabará por ser provechosa á las naciones, así como lo son á los individuos sus propios extravíos, para avanzar en el áspero camino del perfeccionamiento moral.

Que haya diversas tendencias entre los diversos pueblos, y que los unos sean más inclinados á la libertad y más á la igualdad otros..., ¿quién podría negarlo? Los individuos traen al nacer disposiciones diferentes, lo mismo en el orden intelectual y moral que en el físico, y otro tanto sucede á las naciones. Esta verdad es una de aquellas que pueden calificarse de *axiomas*, y es tan antigua como el mundo. Hipócrates consignó ya el hecho, y buscó la aplicación en la influencia del clima. La invasión de los Bárbaros nos suministró un nuevo elemento de comparación y una prueba más de la influencia de la raza. La pasión por la independencia, su espíritu de personalidad ó de individualismo contrastan singularmente con el carácter social de los Griegos y Romanos. Los ciudadanos de las repúblicas antiguas eran indudablemente más inclinados á la igualdad que á la libertad; mejor dicho, lo que nosotros llamamos *derechos del hombre* les era desconocido: ignoraban la palabra y la cosa. Por el contrario, entre los Germanos existía un elemento de desigualdad y hasta de subordinación de una persona á otra persona; de ahí procedió en la Edad Media la jerarquía feudal. En cambio el sentimiento de la individualidad era tan fuerte entre los pueblos del Norte, que no concebían la idea de unidad y no tenían la noción del Estado. Durante la Edad Media, y en la época que ellos dominaron, el Estado se disolvió, no hubo ya soberanía general: cada barón fué rey en su baronía al propio tiempo que era vasallo de un señor feudal.

Esa oposición, esas tendencias contrarias de la raza greco-latina y de la raza germánica reaparecen en el seno de las naciones modernas. La Inglaterra es todavía feudal; las clases sociales están allí separadas y subordinadas y reina la desigualdad. Nosotros, los hombres del continente, partidarios de los principios del 89, hacemos por ello un cargo á la Inglaterra, y ésta se goza de ello. La Francia presenta un espectáculo diferente: ha rechazado de su seno el feudalismo, y no hay nada que la sea más odioso que los recuerdos del régimen feudal: la libertad se confunde á sus ojos con

la abolición de todo privilegio, con la igualdad de las clases, y no comprende que pueda existir la libertad donde la igualdad no exista. No es ese el sentimiento de los Ingleses, los cuales saben conciliar muy bien el amor de la libertad con la desigualdad y gustan de obrar por su propia cuenta, como los barones de la Edad Media; son reyes en sus casas, como lo era el señor en sus señoríos, y á eso es á lo que llaman *self-government*. Los Franceses no tienen esa palabra, y también les falta lo que representa. Pero no porque les falte completamente el sentimiento de la libertad, el cual se ha manifestado más de una vez. Para no recordar aquí más que la grande revolución del 89, ¡qué magnífica reclamación de los derechos del hombre no fué aquella inmortal declaración de la Asamblea constituyente! La Constitución del año III reprodujo los principios del 89. Pero ¿cómo ha sido que la Francia, conociendo tan bien la libertad y formulándola en sus leyes, la ha perdido después, ó, por mejor decir, ha renunciado á ella? Es que la libertad no era para ella más que una teoría extraña á los sentimientos generales de la nación, y se quedó sobre el papel, sin penetrar en las costumbres. Los Franceses se creyeron libres porque estaban llamados en ciertos momentos á ejercer la soberanía nacional, y la ejercieron frecuentemente para delegarla en un César. Pero ¿es esto decir que los Franceses deben renunciar á ser libres? Los que prostituyen la palabra y la escritura para defender semejante teoría no comprenden que se colocan en oposición al mismo Dios y á las leyes que ha dado á la creación. Pero quizá no tienen otro Dios más que su interés, á pesar de la reacción religiosa de que se llaman tan fervientes adeptos esos apóstoles del despotismo. ¿No es la libertad uno de esos derechos que se llaman naturales, para significar que el hombre los recibe de la naturaleza? Y un don que Dios ha hecho á todas sus criaturas, ¿podría ser el privilegio de algunos pueblos? Si el hombre ha nacido libre, toda nación está destinada á serlo, sólo que unos llegan á la libertad más pronto que otros y que ésta toma entre unos diversos caracteres que entre otros, efecto de las influencias de clima, de raza, de costumbres y de tradición.

Montesquieu reprodujo en el último siglo la teoría que Hipócrates había sentado en la antigüedad. La influencia del clima en los hombres es in-

contestable; como seres físicos, sufren necesariamente la acción del medio físico en que viven. Pero de eso á decir que la libertad y la servidumbre son una cuestión de clima, hay una gran distancia. La historia nos muestra los mismos pueblos unas veces libres y otras esclavos, sin dejar de ser su clima el mismo. Roma, que hoy gime bajo el yugo más depresivo, el del sacerdocio, disfrutó en otro tiempo la libertad política (a). La Grecia fué libre á su manera en sus ciudades; después, y por espacio de siglos, se vió amarrada al despotismo, sin hacer siquiera un esfuerzo para sacudir el yugo: ¿es que había cambiado el clima de un día para otro? Decir que el clima lo determina todo en el hombre es tanto como decir que es un ser puramente animal, ó, por lo menos, que el cuerpo hace el alma. Nosotros creemos que es mucho más cierto el que el alma hace al cuerpo.

Esto que decimos del alma no es menos cierto tratándose de las razas humanas y de las nacionalidades. La influencia fatal del clima ha perdido su crédito, porque la historia la desmiente á cada página; pero en su lugar han colocado los historiadores modernos la nacionalidad y la raza. En el fondo es el mismo error, sólo se ha cambiado la palabra. ¿Por ventura no es el clima uno de los elementos esenciales de lo que llamamos raza ó nacionalidad? Nada más natural que las mil y una causas que constituyen una nación influyan también en la manera de comprender y de practicar la libertad civil y política; pero ¿habrá que deducir por ello que ciertos pueblos están destinados á ser libres y otros á permanecer esclavos? Esa sería una predestinación peor que la del dogma católico, porque ésta no se refiere más que al otro mundo, que tal cual lo conciben los creyentes es imaginario, mientras que la predestinación de un pueblo á la libertad ó á la servidumbre determinaría para siempre de la vida real. Apresurémonos á añadir que una y otra predestinación son falsas.

La acción que los elementos físicos ejercen sobre el hombre depende de su grado de desarrollo intelectual y moral. Esa acción es absoluta é irresistible en los animales: tiene un poder grandísimo en los niños, y por igual razón en los pueblos

(a) Es civil la comunidad del derecho. Adviértase que aquí viene el autor haciendo declaraciones y sentando una doctrina, en nuestro sentir, irreprochable, pero que contradice después en muchos otros lugares de su obra.—(N. del T.)

que se hallan en la infancia; pero á medida que el niño se desarrolla, la inteligencia toma el mando, el alma domina sobre el cuerpo, y la libertad moral, apoyada en la razón, hace la transformación del hombre. Lo que es verdad tratándose de éste lo es también aplicado á los pueblos. La cuestión es casi baladí. Las naciones no son seres abstractos, son asociaciones de individuos; y si el individuo es perfectible, sería absurdo declarar incorregibles á las naciones. Si el hombre puede en todas partes, bajo todos los climas y sea cualquiera la raza y el Estado á que pertenezca, elevarse á la noción de la libertad civil y política, ¿cómo no habían de poderlo igualmente las naciones? Pues una vez que la idea de la libertad haya surgido, no podrá menos de realizarse en las costumbres y en las leyes, puesto que son las ideas las que rigen el mundo. Sin duda que la transformación de los individuos y de las naciones no es la obra de un día: tal vez la impaciencia, el desaliento y la desesperación que inspiran las debilidades de los hombres entran por mucho en las teorías del despotismo que recientemente se han formulado en Francia. Pero la cuestión que aquí ventilamos es una cuestión de filosofía política antes que todo. Lo que nosotros exigimos es que el derecho de todo hombre y de todo pueblo á la libertad sea reconocido. Después vienen las dificultades de la práctica de esa libertad. Que esas dificultades sean grandes, ¿qué importa? Una dificultad no es una imposibilidad; es una cuestión de tiempo, y ya se ha dicho que Dios es paciente porque es eterno. Pero ¿no son también eternos, bajo cierto sentido, el hombre y los pueblos? Que adquieran la conciencia de su perfectibilidad y la convicción de que su dicha consiste en su progresivo perfeccionamiento, y la idea de libertad acabará por tomar cuerpo. ¿Cuál es el hombre que sabiendo que su suerte depende de él mismo no querrá trabajar en su porvenir, á fin de que éste sea tan bello como pueda ser? ¿Dónde está el pueblo que teniendo esa creencia no obra de la misma manera?

Lo que importa, pues, es inculcar á los hombres la idea de que su destino está en sus propias manos, y para ello, la historia les da una lección en cada página. Lejos de ser una enseñanza de fatalismo, y, por consiguiente, de desaliento y de apatía, la historia nos demuestra que el elemento de fatalidad decrece á medida que el hombre se

eleva en la esfera de la inteligencia y de la moral: puede caer, pero puede también levantarse, y para ayudarle á ello hay un ser omnipotente que le tiende la mano. Pero para que Dios le ayude es necesario que el hombre se ayude á sí mismo; y para que el hombre caído piense en levantarse es necesario que tenga la conciencia de su caída. Los pueblos, como los individuos, son corregibles, pero es necesario que conozcan sus defectos y sus errores, y es la historia la que les ofrece esa enseñanza.

También nosotros creemos que la Francia ha comprendido mal la libertad hasta hoy, y que es por eso por lo que sus revoluciones no han producido resultado. Pero ¿es esto decir que haya vertido en vano su más preciosa sangre? No, sus mismos extravíos son una razón para esperar que será más feliz en lo futuro. En todos los grandes movimientos que han agitado á la nación francesa ha habido una lucha instintiva entre la verdadera y la falsa libertad, y siempre se ha sobrepujado esta última, siempre se han sacrificado la libertad civil y los derechos del hombre á la apariencia de la libertad, á la soberanía del pueblo; siempre ha confundido con la libertad la igualdad de condiciones sociales. Es necesario que la historia la descubra sus errores, la fatal consecuencia de éstos y su inevitable expiación. Nada se habrá perdido el día en que las ideas se hayan rectificado, el día en que la nación reconozca que había tomado una falsa senda. Desde entonces marchará con paso seguro por el camino de la libertad, dando un solemne mentís á los apóstoles del despotismo (a). No queremos por esto decir que la Francia, para ser libre, deba copiar á la Inglaterra. La libertad inglesa ha nacido aristocrática, sigue siéndolo y es más que probable que conserve siempre las señales de su origen. Pero la Francia ama demasiado la igualdad para que llegue jamás á ser aristocrática; su tendencia es á la democracia; por consiguiente, la libertad francesa tendrá siempre trazas democráticas. Guardémonos de creer que sea un mal esa diferencia en el genio de las dos naciones, y que de ella resulte una inferioridad para una ú otra; mucho tiempo se ha creído que la uniformidad ó la unidad absoluta era el ideal de la humanidad; lejos de ello, el prin-

(a) Se lo ha dado ya, pero marchando por el camino emprendido en 89 y 93, que, por lo visto, no es tan malo como asegura Laurent.—(N. del T.)

cipio individualista, raíz de la libertad individual, supone, por el contrario, una variedad infinita. ¡Dios nos libre de una unidad chinesca! Por inmenso que sea y que podamos concebir el progreso de la civilización, no llegará jamás á confundir las individualidades; más bien propende á dar á cada persona, individuo ó nación, un libre campo para su desarrollo. Hemos dicho que las influencias de clima y de raza deben desaparecer. Esto es verdad en tanto que son un obstáculo ó una traba para el progresivo mejoramiento; pero hay también en la naturaleza física un elemento que está en armonía con la naturaleza moral é intelectual. El cuerpo es el órgano del alma, y el ideal consistiría en que hubiese una armonía constante entre los dos elementos de nuestro ser. Pues otro tanto sucede á las naciones: tienen también su cuerpo, y son las causas físicas las que constituyen la raza ó la nacionalidad. En tanto que responden al genio de los pueblos, esas causas son eternas como los pueblos mismos; y aun cuando tuviéramos el poder de destruirlas, nos deberíamos guardar de hacerlo, porque sería tanto como secar las fuentes de la vida. La unidad absoluta sería la muerte, y nuestro ideal no es la muerte, sino la vida.

II

Agustín Thierry dice que desde el siglo XII hasta el XVII se verificó en Francia un continuo movimiento hacia la concentración del poder en la monarquía; parece un plan preparado de antemano y en cuya ejecución trabajaban de concierto el pueblo y los monarcas: "La sucesión de los tiempos hace que aparezcan una serie de reyes y de ministros ocupándose todos en aquella gran obra á cuyo servicio consagraban todos sus talentos y sus esfuerzos. Algunas veces se ve al pueblo, *para quien ellos trabajaban* y de donde sacaban los elementos de su poder reformador, *precediéndoles con sus propios esfuerzos, siguiéndoles siempre y estimulándoles sin cesar con sus peticiones en los estados generales, con su oposición en los parlamentos y en todos los tribunales y departamentos que podían considerarse como órganos del derecho común y de la opinión pública.* Así es como, á fuerza de cambios progresivos, se levantó la *monarquía absoluta*, símbolo de la *unidad francesa*. Ese régimen, *enemigo de la libertad* no menos que del pri-

vilegio, no le sufrió la nación, *sino que lo quiso resueltamente y con perseverancia*; y por más reproches que se le puedan dirigir en nombre de los derechos naturales, aquel régimen no estaba fundado en la fuerza ni en el fraude, *estaba aceptado por la conciencia de todos*; era la tradición de *Roma imperial*, añade Agustín Thierry; y aunque *contrario al espíritu de libertad*, favorecía el espíritu de civilización., (1).

El hecho es exacto, pero Thierry no tiene razón en ensalzarle como un progreso, y sobre todo en elogiar á los reyes como *defensores de la igualdad, representantes del pueblo y trabajando por él*. Los reyes, egoístas de profesión, no han procurado jamás más que su poder, y en Francia lo consiguieron maravillosamente. Se dice que ellos son los que formaron las nacionalidades, lo cual es atribuirles una gloria que se debe á los designios de Dios. La nacionalidad, ó, mejor dicho, las fuerzas de la nación han sido para los reyes un instrumento de poder: ¿es que hay que darles gracias porque hayan deseado ser poderosos? Se dice que los reyes de Francia favorecieron la igualdad de condiciones suprimiendo todos los privilegios; ese elogio de la monarquía es una extraña ilusión. Si los reyes tomasen la igualdad por lo serio, llevarían á los pueblos al régimen de la democracia pura, y el último de sus esfuerzos sería el de su abdicación. No, los reyes no han pensado jamás en fundar la santa igualdad; no son ellos los que abolieron la servidumbre, no son ellos los que emanciparon los municipios. Si la historia lo dice, es que los historiadores han adulado demasiado tiempo á los reyes, y ya es tiempo de que les digan la verdad.

Es indudable que la lucha de los reyes contra el feudalismo da por resultado el abatir á los grandes y levantar á las clases inferiores; fué un beneficio, pero se lo debemos á la Providencia. No ensalcemos el egoísmo de los reyes por aquello por lo que sólo Dios debe ser ensalzado. Verdad es que la nación estuvo de acuerdo con los monarcas, y aquel concierto de esfuerzos, aquella unidad de propósitos es lo que ha engañado á los historiadores. M. Guizot ve también un progreso inmenso en la sucesiva elevación de la clase media, y elo-

(1) A. THIERRY, *Colección de documentos inéditos para la historia del tercer estado*, Introducción, p. 212 y 51 (ed. francesa).